

Una revisión de la *Conquista de México* de Francisco López de Gómara

Pedro Carreras López

A punto de concluir el siglo XX, cada vez son más intensas las señales que nos indican las dificultades mostradas por gran parte de los Estados-naciones para asimilar y superar antiguos y rancios problemas nacionalistas que, en la mayoría de los casos, parecían olvidados desde hacía tiempo. Rebasadas las décadas del auge descolonizador, el nacionalismo militante y activo aparecía diseminado en pequeñas islas a lo largo y ancho del Viejo Continente, más interesado, este último, en los efectos del final de la Guerra Fría y en el largo y complicado camino de la construcción común europea.

Los actuales acontecimientos –muchos de ellos derivados del final del socialismo real y de la caída del Muro de Berlín–, han obligado a los científicos sociales¹ a retomar y profundizar en el estudio de esos movimientos sociopolíticos de intenso calado que tienen al concepto de nación como aglutinante reivindicativo principal. Al renacimiento del nacionalismo en la Europa Oriental parecen unirse las dificultades para integrar en el proyecto común de la Unión Europea los sentimientos nacionalistas existentes en algunas zonas de los diferentes Estados-naciones que conforman dicho proyecto. De igual modo, la persistencia de los movimientos migratorios que ven a la Unión Europea como el edén prometido, arroja nuevas posibilidades para el desarrollo y refuerzo de identidades colectivas.

Sin entrar en las valoraciones sobre las posibles modificaciones que el fenómeno de la globalización, especialmente el que afecta al mundo de las telecomunicaciones, está teniendo y tendrá en los comportamientos de los Estados-naciones², los últimos años del siglo XX han mostrado con claridad la vigencia de los sentimientos nacionalistas; sus posibilidades de

¹ *Un excelente ejemplo lo tenemos en el éxito editorial de la traducción de la obra póstuma de Ernest Gellner, Nacionalismo, Barcelona, Ediciones Destino, 1997. De igual modo, la reciente obra de Juan Pablo Fusi, España, la evolución de la identidad nacional, Madrid, Temas de Hoy, 2000, muestra la incesante inquietud de los científicos sociales a la hora de aprehender conceptos tales como nación y nacionalismo y enfrentarlos a las realidades de los actuales Estados-naciones.*

² *Exhaustiva, aunque ni mucho menos definitiva, resulta la trilogía de Manuel Castells, La era de la información, 3 vols. Alianza, Madrid, 1997.*

amalgamarse en movimientos político-sociales capaces de reinterpretar el pasado e incidir directamente en el presente; y la necesidad de continuar profundizando en los estudios sobre el nacionalismo y la nación ya que, cualquier intento de comprender los dos últimos siglos pasa obligatoriamente por esos conceptos.

Al igual que en otras cuestiones, los planteamientos apriorísticos o la incapacidad para deslindar la razón de la pasión explican una gran parte de las dificultades a la hora de consensuar las líneas básicas de las definiciones de nación y nacionalismo. En esencia hay que distinguir tres grandes líneas de acercamiento al estudio del nacionalismo. Una primera es aquella que hunde sus raíces en los románticos decimonónicos y que considera la nación como un ente superior, de naturaleza inmutable, cuya existencia responde fundamentalmente a principios emocionales y sociobiológicos. La segunda línea ve el nacionalismo como una ideología ligada al proceso de industrialización³ y modernización y a las necesidades de homogeneización cultural derivadas del mismo. Por su parte, la tercera interpretación se centra más en los argumentos psicológicos y culturalistas⁴ que se esconden en la formación de las identidades nacionales y en los alumbramientos de las diferentes conciencias nacionales⁵.

Más allá de esta disparidad, lo que parece innegable es la necesidad de superar los límites que parecen imponer las actuales definiciones. La concepción contemporánea de nación nos suele situar ante una realidad creada de la nada. Detrás de esta concepción está la idea de que la nación es una creación moderna, –derivada fundamentalmente de la Ilustración–, que obtiene su lugar histórico a partir de la Revolución Francesa y va tomando forma a lo largo del siglo XIX y principios del XX, siguiendo un camino paralelo al nacimiento y evolución del concepto de soberanía popular y al del gobierno derivado de la misma⁶. Ahora bien, asumir esta perspectiva implica enfatizar sobre las dimensiones políticas que presentan ambos con-

³ Uno de sus máximos exponentes está en el clásico de Ernest Gellner, *Naciones y Nacionalismo*, Madrid: Alianza Editorial, 1988. En el trabajo póstumo ya citado, reafirma la anterior interpretación. De igual manera, E. J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1870*, Barcelona, Crítica, 1991.

⁴ La obra clásica de Anthony D. Smith, *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona, Península, 1976.

⁵ Actualmente parece desarrollarse una línea de interpretación que busca unificar más claramente el componente político y la habilidad para generar sentimientos de identidad colectiva. Un buen ejemplo es la obra de Montserrat Guibernau, *Los nacionalismos*, Barcelona, Ariel, 1996.

⁶ Un ejemplo elocuente que nos permite encuadrar bien este proceso está en la carta enviada por Francisco de Zea Bermúdez, Ministro de Relaciones Exteriores de España al señor ministro de la Gran Bretaña en Madrid en 1824: «Las desgraciadas ocurrencias de España en 1810 y 1820, y los sentimientos de lealtad y pundonor de los americanos españoles en ambas épocas a